

ESCRITURAS MARGINALES Y ESCRIBIENTES SUBALTERNOS¹

ARMANDO PETRUCCI
SCUOLA NORMALE SUPERIORE DI PISA

En el proceso de alfabetización social, cada vez más de masas, de la Europa moderna, es posible identificar dos períodos de fuerte aceleración: el primero constituido por el paso del Cuatrocientos al Quinientos, y el segundo por el paso del Setecientos al Ochocientos, más allá de la crisis seiscentesca. Desde nuestra óptica es necesario preguntarse en qué medida y en qué modos -además de la diversidad que éstos tuvieron- participaron las clases subalternas europeas, en los dos períodos indicados, en el movimiento general hacia una más amplia distribución de las capacidades del leer y del escribir. Pero será necesario también tener presente que el concepto mismo de "clases subalternas" debe ser considerado de manera diferente según se trate de una sociedad en esencia todavía tardomedieval, como es la que discurre entre el Cuatrocientos y el Quinientos, o de una sociedad que ya ha entrado en la edad de la primera revolución industrial, como lo es la segunda. En el primer caso se tratará de un conjunto, formado por categorías diversas y difíciles de definir: pequeños artesanos y comerciantes, campesinos, vendedores ambulantes, servidumbre, mendicantes; en el segundo, en gran parte, de unos pocos campesinos y, sobre todo, del proletariado urbano.

¹ Este artículo fue publicado originariamente en italiano, con el título *Scritture marginali e scriventi subalterni*, en *Ai limiti del linguaggio. Vaghezza, significato e storia*, a cura di Federico Albano LEONI, Daniele GAMBARARA, Stefano GENSINI, Franco LO PIPARO, Raffaele SIMONE, Laterza, Roma-Bari 1998, pp. 311-319. Se edita aquí la versión española con permiso de Giuseppe Laterza, Director de Gius. Laterza & Figli. Casa Editrice. La traducción del italiano se debe a Carlos Sáez (Universidad de Alcalá).

Situaciones diversas, por tanto, y personas diversas; a pesar de lo cual en ambos casos nos encontramos frente a fenómenos de marginalidad sociocultural que llegan a tocar el mundo de la cultura escrita, a agredirlo y, en ocasiones y en circunstancias particulares, a penetrar en él. Me parece un hecho de mucha relevancia llegar a conocer cómo, cuándo, en qué medida y por qué esto ha sucedido.

En los últimos treinta años, más o menos, el interés por el estudio de los usos sociales del escribir y del escrito ha aumentado progresivamente y ha implicado a diferentes categorías de historiadores de las prácticas culturales en un tipo de investigación historiográfica que se ha ido fijando y concentrando cada vez más en torno a determinados temas y que ha conocido etapas bien definidas y crisis recurrentes de identidad. A pesar de lo cual, me parece que el estudio de las manifestaciones escritas ubicables dentro del estrecho margen del cual he hablado no ha sido hasta ahora afrontado con la precisión adecuada y con un método específico de investigación. Por tanto, es necesario tratar al menos de plantear el problema, incluso para averiguar si una investigación de este tipo tiene sentido y cuáles debieran ser sus procedimientos y método.

En realidad no es posible avanzar sin clarificar algunos conceptos o instrumentos interpretativos de fondo, capaces de identificar el territorio (el "margen") y la realidad sociocultural (las comunidades, las categorías, las personas) dentro de las cuales se pretende situar la investigación.

Para definir el concepto de "marginalidad" sociocultural nos sirve de ayuda un ensayo relativamente reciente de un historiador especialista en este tipo de experiencias y de realidades, el polaco Bronislaw Geremek, en el cual se precisan algunas categorías, como las de la marginalidad económica, que hace referencia a quién no participa en el ciclo productivo, de la marginalidad social, que consiste en la no participación en las obligaciones inherentes a la comunidad propia, de la marginalidad espacial o ambiental, que identifica a quien se sitúa (o es situado) fuera del habitat común, y, por último, aquella propiamente cultural en sentido lato, atribuible a quien no comparte ni valores, ni normas, ni prácticas de una determinada sociedad; además también se distinguen algunas situaciones o experiencias de otras, como el *comportamiento* "marginal", que implica rechazo o rotura consciente con el ambiente circunstante, y la *condición* "marginal", que constituye un fenómeno de exclusión de ese ambiente; o bien como la *subcultura* "marginal" (que representa un fenómeno sustancialmente pasivo) y la *contracultura*² (que, al contrario, se configura como un movimiento esencial y agresivamente activo). No es casual que Geremek afirme que «en cada fenómeno de marginalidad hay también, en potencia o de forma activa, una carga de contestación».

² N.T. La cursiva, en esta palabra y en las que la preceden, procede del original.

Dentro de este ámbito, caracterizado -como se ha visto- por una variedad dependiente de las circunstancias puntuales que individualizan las situaciones singulares de "marginalidad", se sitúan también las personas que participan social y culturalmente de esa condición y que, desde la óptica particular del estudio de los testimonios escritos, son sujetos en general "oligoescribientes". En los estudios sociopaleográficos de los últimos treinta años, poco más o menos, estos sujetos han sido definidos como "semialfabetizados" y han sido identificados con aquellos que no abandonan las prácticas escritorias elementales, propias de quien no ha superado los niveles más primarios de la enseñanza de la escritura. Los historiadores de la lengua, por su parte, han creado el término de "semicultos" para aquellos «que, aún siendo alfabetizados, no han adquirido plena competencia en el uso de la escritura y por ello permanecen siempre ligados a la esfera de la oralidad». Pero la condición social de los semialfabetizados o de los "semicultos", identificados solamente por medio del nivel gráfico o lingüístico de sus productos escritos, no se corresponde necesariamente con los pertenecientes a las clases subalternas ni con aquellos que viven al margen de la sociedad y de sus formas culturales. El mundo antiguo está caracterizado por "esclavos" alfabetizados, incluso de altos niveles gráficos (copistas, "notarios", es decir secretarios, preceptores); y el mundo tardomedieval y moderno por mujeres nobles o burguesas confinadas en la condición de torpes semialfabetizadas; condición a la que pueden pertenecer también administradores locales, jueces "ai contratti" del reino angiovinio y aragonés en la Italia meridional, monjas, monjes, pequeños artesanos y artistas, entre otros. Por tanto, al estudiar los testimonios escritos de los miembros de las clases subalternas europeas en el período renacentista y en el de la primera revolución industrial, es necesario recordar que mientras todas esas personas, si saben escribir mínimamente, pertenecen en general a las categorías identificadas como semialfabetizadas y/o semicultas, no todos aquellos que saben escribir poco y mal -y *al contrario*- pueden ser considerados como pertenecientes a las clases subalternas.

Dos períodos, como se ha dicho al principio, resultan especialmente significativos desde el punto de vista del acceso al mundo de lo escrito por parte de categorías y de individuos pertenecientes a clases que podemos considerar subalternas por sus específicas características socioculturales de marginalidad. Nos ocupamos, por tanto, del primero, que se corresponde, sobre todo en Italia, con la consolidación plena del Renacimiento y que se sitúa a caballo de dos siglos decisivos y abarca poco más o menos una centuria, entre el último cuarto del Cuatrocientos y los aledaños de 1580, de manera aproximada. Los estudios elaborados hasta ahora sobre este largo período nos han revelado que el proceso de distribución social de las capacidades del escribir no estuvo en relación directa con las conquistas culturales del humanismo y ni siquiera con la difusión de las nuevas técnicas de la escritura mecánica; que, en el interior de las ciudades

europas de aquel tiempo, el impulso a escribir fue provocado por la difusión cada vez más diversificada de oficios, incluso modestos; y que la exigencia de escribir fue dirigida a un número cada vez mayor de ciudadanos por prácticas administrativas y contables cada vez más complejas. A diferencia de otros períodos, en los que las funciones de la escritura eran social, económica y administrativamente poco útiles, en la sociedad del Renacimiento el uso de la escritura generó un nuevo uso de la misma, apremio a escribir y deseo de escribir se entrelazaron y se influyeron de manera recíproca, dando la impresión -quizás también a los contemporáneos, con seguridad a nosotros- de que ya se había iniciado una época de verdadera y auténtica "alfabetización de masas". Naturalmente las cosas no eran así en realidad. Según Nicholas Orme, en el 1500 «Europe had just begun to traverse the road to full literacy»³ y para Harvey J. Graff no se debe olvidar que «yet illiteracy remained the most common condition». A pesar de ello, es sin embargo cierto que en algunas ciudades europeas se habían ido formando categorías de pequeños artesanos y también grupos de operarios y de trabajadores de servicios que mostraban en el uso, aunque fuese forzado, del escrito un fuerte sentido de autonomía e independencia, incluso si en lo fundamental sus productos, desde el punto de vista gráfico y lingüístico, se situaban en los límites de la incomprendibilidad.

Según Peter Burke, el impulso a la alfabetización puesto en marcha en el Renacimiento llevó a una situación que él describe así:

«historians have concluded that a substantial minority of ordinary people in early modern Europe were in fact able to read [y podemos añadir: and to write]; that more of them could read [and write] in 1800 than in 1500; that craftsmen were generally much more literate than peasants, men than women, Protestants than Catholics, and Western Europeans than Eastern Europeans.»

Todo esto es, a buen seguro, indiscutiblemente cierto; pero ya no nos resulta suficiente. El examen directo de los testimonios escritos del «ordinary people» nos puede decir mucho más, incluso para el segundo de los períodos a los que se ha aludido, el de la primera revolución industrial entre el Setecientos y el Ochocientos. Precisamente en este período, el estrecho margen en el cual se situaban de forma habitual las manifestaciones gráficas de las clases subalternas, se amplió y puntualizó en el plano sociocultural. En la base del proceso de alfabetización de masa, que poco a poco afectó a Europa entera y a los países de la América septentrional, se situó antes que nada un esfuerzo educativo organizado en estructuras escolásticas, diseminadas por el territorio, que tendían a la igualdad y que seguían métodos y criterios homogéneos.

³ N.T. La cita está en inglés en el original. Lo mismo vale para las que siguen, en inglés y francés.

Fue, como bien sabemos, un movimiento regulado desde lo alto y tendente a mantener bajo control a las masas, cada vez más extendidas, del proletariado urbano que iban asumiendo conciencia de sus condiciones y de su potencial contractual, y que provocaban cada vez más a menudo situaciones de tensión social en los puntos más sensibles del estado moderno (las ciudades) y del protocapitalismo: las fábricas. Pero, por otra parte, este proceso fue provocado también por el movimiento contrario, promovido por las propias organizaciones de las que las clases subalternas se iban dotando: las ligas, las cooperativas, las iniciativas asistenciales y, más tarde, los sindicatos, los partidos, organizaciones que tendían todas a crear y a difundir una cultura de base, hecha de lecturas y de prácticas de escritura; de modo que, como observa Graff, una ideología asistencial funcional se contrapuso a otra de autopromoción, de tipo político, las cuales, sin embargo, en la práctica usaban los mismos métodos de enseñanza y de estímulo a la lectura de determinados textos. Tampoco puede ignorarse en un plano político-cultural más alto el valor ideal que emana de un párrafo de la declaración de derechos del hombre aprobado por la Asamblea nacional parisina el 26 de agosto de 1789, según el cual

«la libre communication des pensées et des opinions est un des droits les plus précieux de l'homme. Tout citoyen peut donc parler, écrire, imprimer librement, sauf à répondre de l'abus de cette liberté dans les cas prévus par la loi (art. XI).»

Nunca antes el derecho universal a la escritura había sido proclamado con expresiones tan sencillas y a la vez solemnes. En todo ello no es posible individuar una relación directa entre el trabajo productivo de los subalternos y su educación, y las prácticas del leer y del escribir; en realidad leer y escribir no servían para llegar a ser un mejor obrero de base (y no resultaban funcionales ni siquiera en otros sectores de la producción y de la distribución), lo cual contrasta con lo que había sucedido (por paradójico que pueda parecer) en el período cuatro-cincuentesco con los pequeños artesanos y los trabajadores.

Por desgracia no existen muchas investigaciones profundas de tipo cualitativo sobre el material escrito de los miembros de las clases subalternas del Setecientos-Ochocientos: firmas, cuentas, cartas, diarios, escrituras murales, etc. Se trata en general de un material disperso, no individualizado ni inventariado, de verdaderos y auténticos fragmentos supervivientes a una actuación de destrucción indiferente (si no hostil). Y, sin embargo, este material está presente en nuestras ciudades, en nuestros archivos, en nuestras casas: basta con buscarlo, leerlo, estudiarlo, como alguno comienza a hacer.

Pero es necesario formularse otras preguntas al afrontar una "tierra incógnita" como es la que alberga productos escritos raros, abandonados, difíciles de encontrar, de interpretar, de publicar, como aquellos "marginales" producidos por "marginales".

La primera de ellas concierne precisamente al método de investigación a adoptar para identificar -más allá de los productos personales, ligados indisolublemente a la historia de su productor, de su escribiente en conclusión- los modelos a usar; éstos deben ser coherentes al máximo, es decir, pertenecer o a un período restringido o a un ambiente identificable con facilidad y homogéneo: una familia, un lugar de trabajo, un barrio, una categoría ocupacional o profesional, una asociación laica o religiosa, los culpables de determinados delitos y así sucesivamente. Como es natural, en ocasiones el modelo podrá o deberá restringirse a una determinada tipología: las cartas, o las escrituras murales, o las instancias, o las cuentas, o los recibos, etc. Ciertamente la unidad de lugar y de tiempo, dentro de límites razonables, parece que es más necesaria en este particular tipo de investigación que no en la producción teatral clásica.

Pero con frecuencia se nos formula otra pregunta, de manera implícita o explícita: ¿con qué fin es conveniente estudiar los productos escritos de las personas pertenecientes a estratos socioculturales más bajos de la sociedad? ¿Para qué sirve estudiar textos, como aquellos de los que nos debemos ocupar, informales, endebles, a veces difícilmente comprensibles, ocasionales, que no forman parte de series continuas, que gráfica y lingüísticamente están fuera de toda norma, escolástica o no, que son auténticos y verdaderos ejemplos indefinidos y, por tanto, insignificantes «murmillos»? ¿Qué significaban en el mundo que los producía y que de inmediato -habitualmente- los eliminaba? ¿Y qué representan para nosotros que intentamos conocer y comprender aquel mundo?

Quien navega por mar conoce bien la función -esencial- de la sonda: un instrumento que sirve para medir la profundidad del agua y que con este fin es sumergido en ella hasta tocar el fondo. Y es precisamente esto lo que debe hacer quien quiera estudiar las prácticas extremas de la escritura: ahondar en la documentación de una determinada situación escrituraria del pasado hasta tocar el fondo y medir así la profundidad. Pero esto todavía no explica ni muestra todo aquello que, indagando en el nivel más bajo de las prácticas culturales activas de una sociedad, es posible sacar de provecho de ésta para comprender su "profundidad" en el sentido social; por ejemplo, la formación y la perpetuación de verdaderos y característicos fenómenos formales en el plano gráfico, como aquellos que, hace quince años, yo mismo definí como "desviantes" y que se fijan y se reproducen sobre todo en el ámbito de las "escrituras expuestas": desde la mezcla de mayúsculas y de minúsculas hasta la supervivencia de verdaderos y auténticos "fósiles gráficos" (como la A con travesaño triangular que sobrevive desde el siglo IV hasta hoy); la influencia que, en ocasiones, las elaboraciones de los modelos escritorios desviantes pueden ejercer sobre expresiones gráficas más altas y públicas, como sucede hoy en la producción publicitaria, que ha incorporado estilos propios de la actividad espontánea del *graffiti* a "spray". Pero

además, en otro plano, el modo en que estas prácticas son realizadas, su extensión, su influencia sobre otras de los estratos sociales más cercanos (por ejemplo en los ambientes artesanales), su conversión ocasional en auténticas y verdaderas tendencias que se hacen regla y norma de manera automática y afectan a ambientes y no ya a personas singulares, ligadas éstas a sus propios idiotismos formales pasivamente repetidos.

Estos fenómenos existen en la Europa moderna y son identificables y estudiables; y su importancia consiste precisamente en su potencial transversalidad, en su posibilidad de salir del margen en cuyo interior se encuentran y que tiende a restringirlos y a costreñirlos; y también en su independiente valor expresivo y comunicativo. Esto plantea otro problema fundamental, el de su público de referencia, de su ambiente, que está compuesto a la vez de escribientes (remitentes) y de personas que leen, ven o comprenden; un público que puede no existir (en el caso de un diario) o puede extenderse a la familia, a la calle o a la plaza (en el caso, por ejemplo, de los "carteles infamantes") o aún a una comunidad organizada, a una categoría artesanal (los canteros, que producen hoy epígrafes funerarios), etc.

Frente a una de las muchas ciudades del Quinientos o de principios del Novecientos, repletas de escritura expuesta y de escrituras escondidas, de escribientes elementales, de escribientes "ordinarios" y de escribientes cultos, atravesada de continuo por mensajes escritos que sobrepasan las barreras sociales y en parte también las culturales, es difícil sostener todavía de modo esquemático la existencia de sistemas de comunicación separados entre sí de forma rígida, de una gran tradición cultural contrapuesta a otra pequeña, de circuitos cerrados en el interior de infinidad de pequeñas comunidades populares, y de un circuito alto que transmite de manera eficiente las comunicaciones hacia el interior de la sociedad aculturada y abierta.

Esto no quita que exista un problema de fondo y que permanezca todavía sin solución, sobre todo porque me parece que nadie lo ha estudiado aún a fondo: es decir, cuál fue en la Europa del antiguo régimen la verdadera capacidad de comunicación social de los productos y de los mensajes escritos informales de los subalternos, de sus microtextualidades, enredadas, en ocasiones, en intrincados nudos gráficos y lingüísticos. Y no sólo: sino también cuál fue su grado, digámoslo así, de legitimidad, que entre el Ocho y Novecientos llegó a ser nulo en la opinión pública, de forma que condujo las expresiones escritas marginales al silencio y a la clandestinidad, aunque, al menos entre el Medievo y el Seiscientos, todavía eran comúnmente capaces de transmitir un mensaje comprensible y por eso mismo testimonial y, por tanto, legítimo.

El *slogan*, demasiado esquemático, que se presentó hace unos diez años,

«Del pueblo que suscribe al pueblo que escribe»⁴ pretendía significar y representar de forma simbólica el paso, desde la alfabetización limitada y oligofuncional de los semialfabetizados del medievo, a aquella más compleja y significativa de los escribientes y lectores de masa, acaecido en Europa en el curso de la edad moderna. En realidad, el proceso a través del cual se ha completado este paso, dónde y cuándo sucedió, ha sido un hecho no sólo complejo, incierto y heterogéneo, sino que en muchos lugares y circunstancias simplemente todavía no se ha producido, y muy probablemente no se completará jamás, al menos en las formas y en los modos que nosotros hemos conocido.

Por lo tanto, también en el futuro, esta sonda deberá ser lanzada hacia el pasado y se deberá recorrer e indagar esta frontera incierta y peligrosa.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BURKE, P. (1978), *Popular Culture in Early Modern Europe*, Temple Smith, London, pp. 36-38 [versión castellana: *La cultura popular en la Europa moderna*, Alianza, Madrid 1990].
- D'ACHILLE, P. (1994), *L'italiano dei semicolti*, en L. SERIANNI, P. TRIFONE (al cuidado de), *Storia della lingua italiana, vol. II, Scritto e parlato*, Einaudi, Torino, pp. 41-79.
- GEREMEK, B. (1979), *Marginalità*, en *Enciclopedia Einaudi*, vol. VIII, *Labirinto-Memoria*, Einaudi, Torino, pp. 750-775.
- GRAFF, H.J. (1995), *The Labyrinths of Literacy. Reflections on Literacy. Past and Present*, University of Pittsburgh, II ed., pp. 106 (cita de N. Orme), 148, 154.
- MARCHESINI, D. (1992), *Il bisogno di scrivere. Usi della scrittura nell'Italia moderna*, Laterza, Roma-Bari.
- PETRUCCI, A. (1982), *Scrittura e popolo nella Roma barocca*, Quasar, Roma.
- (1986), *La scrittura. Ideologia e rappresentazione*, Einaudi, Torino, en particular pp. 97-118.
- (1989), *Scrivere per gli altri*, «Scrittura e Civiltà» 13, pp. 475-487 [versión castellana: *Escribir para otros*, en *Alfabetismo, escritura, sociedad*, Gedisa Editorial, Colección LeA, Barcelona 1999, pp. 105-116].

⁴ A. PETRUCCI, *Prospettive di ricerca e problemi di metodo per una storia qualitativa dell'alfabetismo*, en M.R. PELIZZARI (al cuidado de), *Sulle vie della scrittura. Alfabetizzazione, cultura scritta e istituzioni in età moderna*, ESI, Napoli 1989, pp. 21-37 [versión castellana: *Para una historia cualitativa del alfabetismo*, en *Alfabetismo, escritura, sociedad*, Gedisa Editorial, Colección LeA, Barcelona 1999, pp. 40-56].

RESUMEN

La presencia en una sociedad de tipologías escritorias elementales y de las pertenecientes a las clases subalternas parcialmente alfabetizadas no puede ser interpretada en un modo rígidamente secuencial; los ejemplos suministrados por dos momentos particulares de la historia de la Europa moderna, el paso del Cuatrocientos al Quinientos, y del Setecientos al Ochocientos, confirman la necesidad de una aproximación crítica adecuada a la complejidad del problema.

RÉSUMÉ

La présence dans une société de typologies d'écritures élémentaires et de celles qui concernent les classes subalternes partiellement alphabétisées ne peut être interprétée d'une façon rigidement séquentielle; les exemples fournis par deux moments particuliers de l'histoire de l'Europe moderne, le passage du XIV^{ème} au XV^{ème}, et du XVII^{ème} au XVIII^{ème}, confirment la nécessité d'une approche critique appropriée à la complexité d'un problème.

SUMMARY

The presence in a society of elementary handwriting typologies and of those belonging to subordinate classes partially alphabetised can not be interpreted in a strict sequential way. The examples provided in two particular moments of the history of Modern Europe, from the year four hundred to the year five hundred and from the year seven hundred to the year eight hundred, confirms the necessity of a critical approximation suitable for the complexity of this problem.

ABSTRAKT

Die Existenz an einer Gesellschaft schriftlicher grundlegenden Typologien und die der untergeordneten und teilweise alphabetisierten Schichten kann nicht einfach hintereinanderfolgend interpretiert werden. Zwei konkreten, der europäischen Geschichte angehörenden Beispielen, der Uebergang vom 15. zum 16. Jahrhundert und der vom 18. zum 19. Jahrhundert, bestätigen den Bedarf an einer kritischen, der Verwicklung des Problems angemessenen Annäherung.